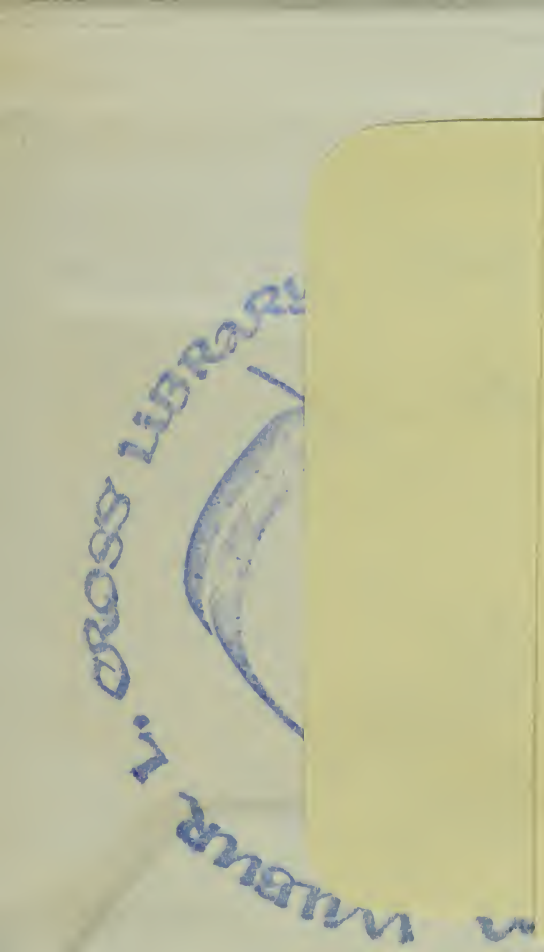
PQ/8519/C25/C54



CINCUENTA
Y SEIS
POEMAS

OBRAS DEL MISMO AUTOR

POESÍAS

REGRETS
ALLÁ LEJOS
CIELOS Y LLANURAS
NUEVOS HORIZONTES
HUERTO MATERNAL
HUMILDAD
POEMAS

EN PREPARACIÓN

POESIAS

CUENTOS A MARYNÉS
DIVERTISSEMENT

JULIO J. CASAL

CINCUENTA Y SEIS POEMAS

MADRID - 1921

PQ
8519
C25
C54

ES PROPIEDAD

X

LLUVIA

Por la frente del cielo
que sufría
todo el calor de todas sus estrellas,
pasó su níveo pañuelo
una nube. . .
Y la nube, santa y buena,
exprimió su propio lienzo
sobre una seca y amarilla tierra.

L'ÉCHARPE D'IRIS

El Campo
es un lampo
Azul
y es un tul
Verde, Naranja,
y ondula en él una franja
a momentos, toda Añil,
Roja, Amarilla, Violeta. . .
Sobre la lluvia de Abril
la inquieta
écharpe d'Iris sus galas

despliega en limpias escalas. . .
Ramajes,
trajes
recién nacidos
y las princesitas gotas
visten túnicas ignotas. . .
Cisnes vagos
scherzan entre los lagos. . .
Tul
Azul. . .
Franja
— esencia de naranja — .
En el verde
del arco iris, se pierde
una gota de marfil. . .
Brilla
una gasa amarilla. . .

Un raso añil
en el claro mar se moja. . .
Una seda nueva y roja. . .
Un violáceo terciopelo
es el abrigo del cielo. . .
De pronto se abre una grieta
en el mar dorado. . . Entonces
(la noche sonó sus bronces)
se deshace la paleta
Amarilla, Azul, Naranja,
Roja, Añil, Verde y Violeta. . .

X

LA RAMA

El crepúsculo incendia la colina
con su dorada lumbre mortecina.
Sobre el espejo de una fuente, juega
la sombra de una rama... Se va... llega...
La marchita y vieja copa
del árbol, feliz se arropa
en el raro terciopelo
de la tarde... Y la desnuda
rama, semeja un pañuelo
que al horizonte saluda.

EXEQUIAS

La Tarde
cuando sintió su vida declinar,
floreció en un incendio de fulgores
(para velos de diosas, ¡qué colores!)
y fué a hundirse en la sombras de la mar.

Para hacer las exequias con gran pompa
vistió la noche el vago terciopelo
de sus brumas fantásticas y bellas. . .
¡El mar fué el ataúd, sonó su trompa
la brisa y fué la tapa el mismo cielo
claveteado con todas las estrellas!

MI SOMBRA

Un salto prodigioso
hasta una estrella. . .
De una estrella a una nube. . .
Desde la nube al mar. . .
Y mi sombra
se mece en el agua; inquieto,
maravilloso columpio.
Mi sombra-espíritu, nunca
se resigna a la caída
y a ser un frágil juguete
de las olas. . . Y de pronto,

aprovechando
la vertiginosidad
del gran columpio marino,
que la brisa
vibracionalmente impulsa,
mi sombra se desprende
de las olas. . .
¡Y torna al salto
y en un columpio invisible,
imaginario,
de estrella a estrella,
se balancea
luminosamente!

X

UNA HORA

Una hora
indagadora...
¿En dónde
se esconde
el nuevo panorama,
la única llama,
la no vista rama,
el paisaje
de traje
maravilloso y sumo? . . .

Inútilmente buscamos,
pues solamente encontramos
humo, humo, humo...
Y humo.

EL CANTO DE LAS ILUSIONES

Somos el jardín de Mayo
y el maravilloso rayo
de sol, que todo lo dora. . .
Somos el lirio fragante
y ese rocío: diamante
que el traje níveo decora.

Somos el cantar alado
de los niños en la fuente
y el espejo transparente
del agua. . . Y el encantado

viejo rincón de glorieta,
en donde un ave poeta
trina su acento perlado,
bajo el reflejo plateado
de alguna luna discreta. . .

Somos lo bello. . . Y somos
como fantásticos pomos
de una esencia idealizada.

Y sopla un viento de duda
que todo el jardín desnuda. . .
¡Y entonces no somos nada!

SUENA...

Suena la ocarina...
Ruidos de cristal,
globitos de goma...
Todo el aroma
de la calleja natal...
Todo el aroma...
¡Todo el aroma!

PLEGARIA

Si antes de mi existir
y entrar en el dolor
del vivir,
me hubieras permitido
ser lo que yo deseara,
yo habría de elegir,
Señor,
ser una fuente clara,
alguna nube, un nido,
un remanso, el oleaje

del mar, cualquier paisaje,
un árbol, un reflejo, un astro, ser
el misterioso y vago atardecer. . .
Esa fragante flor que pinta Abril,
o lo que lleva un miserable nombre,
cual la oruga, el reptil. . .
¡Todo lo hubiera sido, menos hombre!

SINFONÍA DE COLOR

LA PROCESIÓN

NIEVE	AURORA	NOCHE
VIEJAS	NIÑAS	CURAS

Derraman su olor
blanco, las voces puras:
«Santa María,
Madre del Señor. . . »
Un sol tropical:
el cardenal. . .
Hay un acento de músculo.
Y va un obispo: el crepúsculo. . .

Me inquieta
la mancha violeta.
Un casco: nota gris.
Una nota sin color: la miss
que mira tras sus ojuelos.
Y azul: los cielos.
Brilla la verde bata
de una hilera de plátanos: ¡Mi cálida América!
La tarde histérica
Ya no tiene matiz...
La procesión perdióse por la
calle vecina... Apenas una orla
se ve de la sobrepelliz
de un sacerdote. Llega una vaga
voz que se apaga:
. : . *Ora pro nobis*...

LACTANCIA

La brisa hinchó los senos de las nubes. . .
Mi ilusión ascendió — niñito tierno —
y bebió hasta saciarse
de los pezones de oro, luminosos. . .
y amamanté mi ensueño con estrellas.

EL PISO

El piso
pese a sus pocos años
tiene intensas arrugas. . .
Ha envejecido prematuramente
bajo la pantomima
tan grotesca
de los pies bailarines. . .

Pero en vano
quiere disimular su aspecto triste

recurriendo al consuelo del afeite
de la brillante cera. . .
¡Pobre cortesana
demacrada y vieja
que recurre inútilmente
al perfume y a las cremas!

LA BIBLIOTECA DEL CURA X

Biblia. . . Historia. . . Don Quijote. . .
Balmes. . . Chateaubriand. . . Feijóo. . .
«Cuentos» escritos al trote. . .
Dos iniciales: *A. O.* . . .

¿De quién son las iniciales? . . .
Santo y lírico misterio. . .
Un libro pesado y serio
sobre los dogmas sociales.

Mucha ciencia — poca estrofa. . .
El dueño teme la mofa
de algún amigo ignorante. . .
Sin embargo, entre un «Homero»
y un «Manual», resalta el cuero
rojo de un libro galante. . .

NOCHEBUENA

Se ha puesto la ciudad
— para la festividad —
sus lindos botines blancos. . .
Sobre dos árboles, vieja,
manchada nube, semeja
andar con dos verdes zancos. . .

Plata. . . Cristal. . . En la noche
cantos, broche
de la nieve. . . Ansias, quimeras.
Toda la suerte.

La ilusión más amplia y loca.
¡Mañana, cuando despierte. . .
la ciudad tendrá ojeras,
sueño y mal gusto de boca!

NINFAS

El corazón del vidrio se emociona,
cuando a tierra se lanzan
asustadas las gotas
huyendo de la sabia red del Viento.
Ninfas
que inútilmente ansiaban
huir, para seguir
viviendo en una fresca rama verde. . .
Complicidad eterna del vacío. . .
Y el Viento, fauno invisible
las recogió en sus brazos. . .

Por las vírgenes de plata
que fueron traidoramente
hacia el amor,
el corazón del vidrio se emociona. . .

EL LOCO DEL AGUA

Flotaba su blusón:
hoja fantástica
— todo el verde-amarillo del Otoño. . .
Iba afiebrado. . . Apenas se le oía
llegar, en los estanques
se quebraba
el cristal de las notas
de las ranas,
y los claros nenúfares
a su vista, asustados
pugnaban por hundirse entre las aguas. . .

En las tardes de sol,
en llanto se empapaba
el sentimiento del demente. . . Todos
los charcos se secaban,
y el pobre loco, en amplios
transportes de emoción, ebrio, ensoñaba
esos días de Marzo, cuando el aire
se engalana
con crespones de bruma
y sus cintas de plata. . .
Sobre la dura tierra,
alegres repicaban
los ópalos. . .
Cantaban
con voces infantiles
las piedritas de nácar.
Entonces,

su ingenua algarabía
vestíase de galas,
y entonando unos aires sin sentido
se perdía en las calles enfangadas,
o a veces de improviso
se aquietaba
bajo las nuevas hojas de algún árbol...
y sediento alargaba
el lirio enfermo de su triste mano
hacia las gotas claras...

Lo he de encontrar en una tarde de oro,
tarde limpia de lágrimas
celestes... He de verlo
flotar sobre las aguas
de algún estanque amigo...

¡Sufre el estanque tantas
injurias del buen loco! Sus cristales
los quebró muchas veces a pedradas. . .
¡Ha de saciar acaso
toda su sed de agua
y compasivo ha de servirle un día
de rumorosa caja!

LOS NARCISOS

Nuestra voz desentona
en el ambiente triste, femenil,
de hombres modernos. . .
«Símbolos eternos»
tan en consonancia
con la fragancia
de las rosas de Abril. . .
ojos agrandados,
por la astucia fácil
del carbón. . . y una grácil
y frágil

figura de insexuados. . .
Ni una arruga
intelectual. . .
Nuestra presencia los pone en fuga
y en su artificial
pantomima de oro y seda,
cada uno remeda
al alejarse — notas de rubor —,
a esos galgos que temen
la fusta del cazador. . .

EL POEMA DE LAS CAMPANAS

Se ha quebrado la queja
de la campana vieja
que asombró la tarde. . .
Talán. . .
talán. . .
Y en el azul arde
una voz infantil:
Tan. . . tan. . . tan. . .
Y el convento envía
a la ciudad
la santidad

de un perfume de Abril.
Desde la torre
parte una niña. . .
Corre. . . , corre. . . ,
vuela por la campiña. . .
La persiguen varias
diminutas plegarias. . .
Una lleva
una falda nueva,
otra un corpiño rosado,
otra un zapato acharolado. . .
Veo las notas de color:
Raso. . . , terciopelo. . . , seda. . .
Las niñas juegan a la rueda
y a Martín Pescador.
En eso, huyen desaforadas. . .
El campanario rezonga. . .

Y advirtiéndolas prolonga
su voz de trueno, que rueda
entre las niñas. . . Y el coro
se quiebra en risas plateadas. . .
Y en las fugas precipitadas
agitaron la arboleda. . .
¡Fuga del oro,
del pétalo y la seda!

I

INFANCIA

Andaba el sol con su plumero de oro
entre las telarañas del espíritu;
y libro abierto, el profesor podía
corregir la sintaxis, y las faltas...
El sábado dejaba en el colegio
nuestro yo «de uniforme».
Y el domingo era un ruido
de campanas, de aromas, de cristal.
Notitas de color, tercas, pugnaban
por arrastrar el hilo...

Dichosos, tan de prisa,
soplábamos, que a veces
la ilusión estallaba. . .
¡Un sueño fracasado era aquel globo!

EL GLOBO

Aquel globo
era una nota de color tan bella,
que alguien desde lo ignoto
atraía hacia sí.
Todo lo nuestro, todo,
se lo quitamos a la Nada. . . Entonces,
¿por qué asombrarse si alguien
desde la nada, viene a hurtarnos algo?
Y el globo era una idea,
era un color,
que a no dudar volaba,

rumbo a un poeta, o a un pintor. . .
allá, en el otro lado.
¿En qué paisaje acaso vibraría
la llamarada roja?
¿Qué consonante extraño, prodigioso,
qué música no oída
por nosotros,
pondría en la estrofa
el globo?

CRISTALERÍA

Se ha quebrado toda
la cristalería
del Ritmo. . . La moda
así lo exigía. . .
Ni soneto, ni oda,
ni otra orfebrería,
en los versos. . . Poda
bien la fantasía. . .
Consonante Hermano
¿qué haremos entonces?
No sirven tus bronces

ni tu pedrería. . .
Lo impone la moda. . .
¡Cantar es en vano
si se quebró toda
la cristalería
de tu ritmo, Hermano!

VANIDAD

Canta la brisa
su letanía orgullosa.
El mar gruñe la rebelde
y monótona
cantinela
siempre altiva de su estrofa.
La blanca arena
que moja
el agua, quiere ser oro...
Y ser joya,
verde y deslumbrante, ansía

una humilde y frágil hoja. . .

Vanidad

en los hombres y en las cosas.
Vanidad. Cristales fatuos.
Apariencias engañosas,
que brillan sin tener fuego
y repican aun sin notas. . .
En el azul, pone Venus
la pedante y amplia orla
de su vestido de corte. . .
Una barca pescadora,
marca una estela

que anhela

ser de plata. . . Y el crepúsculo
sobre el horizonte, esponja
— fantástico pavo real —
la majestad de su cola. . .

EL COLLAR

El filo de unas hojas
dividió el agua, en claros
y redondos fragmentos cristalinos. . .
Peina la brisa
las cabelleras húmedas y verdes.
Y el sol, en ristre la aguja
de su rayo, se me antoja
que con su seda dorada,
va hilvanando
para el collar de algún hada
las limpias cuentas de vidrio. . .

LA VIAJERA

La sombra corre a toda
velocidad por el campo. . .
De improviso, la traga
la enorme boca del túnel. . .
Renace. . .
Se extiende en un pantano. . .
Se ahoga la escueta
ramazón de un árbol.
Cuando el tren se detiene
sufre con la quietud. . .
ahora,

va a saltos,
enloquecida. . .
manchando la albura de las carreteras,
trepándose a los alambres. . .
Afiebrada viajera. . .
Telegrama urgente
¿Hacia qué puerta?
¿Por qué ventana acaso
penetrará tu niebla?
¡Si alguien,
en una poderosa
circunferencia
de voluntad
lograra detenerla!

. . . . . .

Dos árboles distintos. . .
Dos manchas de un verde

desigual,
armonizan, en un solo tono
vibrando
bajo el abrazo de la mensajera.

LAS GAFAS DE LA ABUELA

No podemos mirar el sol
porque si en él descubrimos
una mancha cualquiera,
no ha de parecernos mancha,
«no debemos verla»
ni podemos observarla
según el alma desea,
porque instintivamente
toda nuestra
observación, se pone
las gafas de la abuela.
Y por el cristal desfila

todo lo que pensó ella. . .
Todo el prejuicio,
toda la ciencia
de la moralidad
gazmoña y vieja.
Fatal
y angustiosa herencia. . .
Nos han dejado una norma,
una idea
a seguir. . . Si hay otras rutas
deben ser falsas y feas.
Afortunadamente
iba por una senda
y choqué con una
sensación nueva,
y se me cristalizaron en mil fragmentos
las gafas de la abuela. . .

X

LAS CASAS

Esgrimía la noche
el rudo látigo.
Las casas se agrupaban temerosas
en torno al campanario:
Niñas que tienen miedo
del invernal relato
y buscan el abrigo
del maternal regazo. . .
Alumbró el rostro de la altura el brillo
de la cruz de un relámpago. . .
Tambores batientes. . .

¡Tal vez un astro
quería engrosar con otros
sus Estados!
Potros de crines de fuego...
Un fantástico
Emperador de yo no sé qué estrella
rasga los «Tratados»...

Las casas se han dormido
hechas ya al látigo
y al ruido de la noche...
Despertarán mañana, tal vez bajo
la sorpresa
bienhechora de un baño...

BIBLIOTECA

En la biblioteca
— tan clásica —
de libros encuadernados
en una idéntica pasta
de cuero gris,
resalta
un tomo de versos:
«Hacia
el Ultraísmo». . .
Y sus rojas tapas
me hacen pensar

entre las obras tan clásicas,
tan uniformes y serias,
en la impresión que causara
en un convento de monjas,
y en medio de la plegaria
una alegre
y mundana
y ruidosa
carcajada.

LA CUMBRE

Y en vano llegué a la cumbre.
Me saturé de idealismo...
pero...
¡Era demasiado lumbre!
Quise tornar al abismo,
al abismo terrenal,
en donde todo es fatal
y amor y envidia es lo mismo.
Más «Allá» yo no era nadie...
Ni se me notaba apenas...
Y aquí consigo que irradie

«mi yo» libre de cadenas.
En el azul, por demás
era mi alma transparente.
Y claro, nada, la gente,
encontró en mi alma jamás. . .

Alma igual a la de otros. . .
como la tenéis vosotros,
romántica o material. . .
Demasiado transparente
para la gente. . .
¡No me servía el cristal!

En cambio, aquí, qué distinto. . .
Hasta tengo un plinto
y me alimento de rosas
y de las tardes brumosas

y de paisajes ignotos. . .
(¡No pensáis ni en el planchado,
ni en el charol del calzado
ni en los mustios guantes rotos!)

Y en vano llegué a la cumbre. . .
Pero me asestó un ultraje
la flecha de aquella lumbre. . .
Y no era nuevo mi traje.

Y aquí los anteojos están ahumados...
Por otra parte es igual. . .
Buenos o degenerados. . .
¡Bah! No lo nota el cristal.

EL GALICISMO

A veces
siento que se desprende de mi afán
(mi afán: gran muro de piedra)
toda esa hiedra
de clasicismo,
y cuando menos pienso
me embriago en el incienso
de un galicismo. . .

Y el académico entonces
hace repicar los bronces

de su acento, rudo, airado:
«¡Pecado! ¡Pecado!»

Su acento me hace temblar. . .
Mas, ¿qué importa?
Es la existencia tan corta. . .
¡Y es tan hermoso pecar!

ATARDECER

Quiebra el reflejo lunar
el puro cristal de un lago,
y aún flota en la noche un vago
perfume crepuscular. . .

Venus, la diosa del coro
celestial, los campos llena,
y en las acacias mecidas
por una brisa serena,
semejan frutos de oro
luciérnagas encendidas. . .

Un carro pesado y lento
es en el amplio camino
como un torpe pensamiento
que avanza mustio y cansino. . .

Y los bueyes patriarcales
cuando proyectan su sombra
sobre la verdosa alfombra,
fingen manchas fantasmales. . .

Y entretanto
la tarde vierte su llanto
postrero sin un reproche,
su sombrilla misteriosa
gris perla, violeta y rosa,
abre la insondable noche.

EL CIRCO

Haremos una
circunferencia
con pétalos
de estrellas
y luminosidades
de plantas nuevas...
Retornando al ayer...
— niños del aro y del trompo —
nos sentaremos
alrededor de la animada pista...

Y sonará en el Circo
el viejo aire vulgar
oxidado y ramplón. . .
Y ella:
fantástica amazona. . .
Lo mismo. . .
Lo mismo que las otras
se complacieron en quebrar la seda
de la clara ilusión. . .
Ella. . .
Hará todo lo posible
para que los cascos de su corcel
chafen todas las plantas
y todas las estrellas. . .

AGUACERO

El alma niña saltaba
a la cuerda, con un rayo
brumosamente extendido
desde una nube a otra nube. . .
Y de improviso, el paraguas
celeste, sintió su seda
mojarse. . . Se desprendió
de entre las nubes, la cuerda. . .
Grave caída. . .
Y otra vez alma atrevida
toda mustia y empapada,

en mi cuerpo encarcelada
esperas a que allá arriba
se cansen de verter sus lacrimones...
Y tornen a encenderse
los faroles chinescos...

CAPERUCITA

Sobre los rieles de estrellas
vuela el trineo lunar. . .
Y mi ilusión lo impulsa. . .
Y una nube:
lobo que iba hacia el mar
a beber la sangre blanca
de las olas: rizados corderillos. . .
encontróse en la ruta
con el claro trineo. . .
Se tragó mi ilusión.

Viejo lobo, viejo lobo,
¿no te alcanzaba
haber hincado el diente
en la Abuela Esperanza? . . .
Caperucita: yo te vengaré. . .
Ilusión, tan vibrante a pradera. . .
al lobo le abriré el grotesco vientre. . .
Y entre los rieles de estrellas
sobre el trineo lunar,
volverá a repicar
tu ingenua risa,
con vibraciones de plata
y su fresco olor a musgo,
caperucita encarnada. . .

LOS FAROLILLOS

En la noche, vibrantes
diminutas luciérnagas
van incendiando lirios. . .
Sin compasión
las hurta mi ilusión
para alumbrar tal vez
sus jardines de bruma. . .
Los lirios cabecean. . .
y se calan, ¡oh frailes misteriosos!,
las capuchas de sombra,
y entran al sueño. . .

Ingenuos colegiales. . .
Es hora de dormir,
porque alguien se llevó del aromado
aposento, los claros farolillos. . .

EL TRÉMOLO

El trémolo de flauta
tenía
el temblor de una gota
que se apaga
con la primer sonrisa matinal. . .

Era una pompa de jabón. . .
en cuyo globo claro se espejaba
un brumoso recuerdo. . .
y brillaba un instante

y estallaba
en un lamento de oro.

Era una vela: nube que cruzaba
entre las nubes: velas...
Ruidito de cristal,
clara monotonía
del eterno renacer
de las flores silvestres entre el trigo...

Y de aquella materia, tosca y ruda
por algún campesino, mal labrada,
nacía un alma, mágica y desnuda
de todo fango, limpia, inmaculada.

Era en la tarde gris
un pensamiento blanco...

Y en el barrio turbulento
ponía su acento
su acento sencillo y franco.

Y semejaba
el trémolo sentido,
un niñito perdido
que buscando a su madre, sollozaba. . .

MUSICALIA

Interpreta el viento, raro
colaborador, su ruda
composición wagneriana. . .
Y la ramazón desnuda
de un árbol, solloza un claro
y agudo timbre. . . Hacia el gris
del cielo, alza una fontana
su llanto sonoro. . .
ofrece notas de pétalos
que se quiebran
el lamento de unas aves. . .

En lo gris... palabras, sueños,
notas, todos hallan claves
y orgulloso de la página
toda rumor de cristal,
rubrica el rayo
— el compositor genial —
sobre lo gris, con un firme
rasgo, limpio y musical.

ESQUIFES

Arropado en un rayo de sol,
junto a la ventana, mi espíritu mira
tras amplios cristales, las nubes que cruzan. . .
Y huye en los esquifes de plata y de oro.

Queda el cuerpo a solas. Una masa muerta
que acoge cual caja piadosa el sillón. . .
Cuando venga el médico, dirá gravemente:
«Una taquicardía. Este corazón
iba tan de prisa. . . »

Nadie advertirá que hacía algún tiempo
que el cuerpo vibraba
a impulso del fuerte
motor del espíritu...
— ¡dinamia celeste! —
espíritu audaz,
claro marinero
que se fué una tarde,
sobre uno de esos
mágicos esquifes
de plata y de oro...

CAFÉ

Bajo el cristal empañado
de una mesa desgastada,
grita un anuncio grotesco
con su voz chillona y agria.
El cristal
parece de agua.
Hay un poco de ceniza
que tiene forma de barca.
Un parroquiano plebeyo
sopla... y de improviso cambia

la nave de sitio. Ahora
cruzan sus velas grisáceas
sobre el lago de un espejo...
De cuando en cuando naufraga
en la onda de la sombra
de una rama
que en el lago se refleja...
Un vaso es una campana...
Y el eterno
diván rojo de la sala,
enseña por su entreabierta
y algo ridícula panza,
la carcomida
y amarilla paja.
Copia una enorme bandeja
oxidada,
un paisaje arrabalesco...

y es lo mismo que la sábana
de un cine... Y en procesión
brumosamente fantástica
cruza un pintor... un poeta,
un viejo, un cura, una capa...
una cabellera hirsuta,
una calva...
El curaçao, el ajenjo,
las bebidas negras, claras,
los licores ocres, rubios,
todos en un ritmo cantan.
Y en tanto el humo musita
una sinfonía rara
en niebla y en gris.
Y el agua
algo inquieta
de una jarra,

pone en el techo
una mancha
de luz, transparente,
elástica...

PAISAJE

El sol tiene un reflejo
marchito de oro viejo...
Con la crepuscular y roja llama,
seca y sin hojas, arde
la postrer rama
del árbol de la tarde.

La voz de una campana anima y dora
el silencioso traje de la hora.
Se divisa confuso un peregrino
que aparece en la curva del camino,
y sobre el campo, en sombras ya, descuella
la caprichosa estrella
de un molino...

MUNDANA

En la estancia
señorial,
la fragancia
de un rosal. . .
El fantástico vestido,
la inmaculada pechera,
y un madrigal aprendido
en una «sección» cualquiera. . .
El mejor juego a la moda. . .
Toda
Toda la animación. . .

Música. . .
Túnica
de humo. . .
El vals y hasta el rigodón. . .
Y lo que ha inventado el Sumo
Artífice, el Hombre. . . : Ruido. . .
Mucho ruido, intenso ruido. . .
Y pese a la animación,
mi espíritu en un sillón
de la estancia, está dormido. . .

EL REGRESO

Mi espíritu, acaso
quebrará la carne
paso
hacia una cima. . .
Abrirá una huella
que no ha de cerrarse
con la ciencia humana.
Desde el fondo, el puro
sudor de mis huesos
enviará a la tierra
su claro rocío. . .

Y en el vegetal
corazón, un día
vendrá a cobijarse
mi espíritu inquieto
que quebró la carne...
¡Y no hallando cimas
en donde posarse,
tornará a la tierra
del cuerpo, hecho lirio!

EL LADRÓN

El cielo penetra por
la ventana del espejo. . .
y tumbado sobre un gris
aburrimiento, yo alargo
la mano, indolentemente,
y de improviso se incendia
con un astro. . .
Y dejo el sillón del ocio
alegremente, infantil,
con ese juguete nuevo,
como cuando encontramos una rima

caprichosa y fantástica...
Pero... al levantarme, entonces
(¡oh, burla de los juegos de las aguas
del encendido espejo!)
el cielo huyó por la ventana... Y brilla
vago jirón astral
sobre el cristal...
Y en la llamarada irónica
de la estrella — con dolor
yo veo temblar la agónica
plata de mi pensamiento...
La Estrella — carne celeste —
fué un maravilloso cebo
para mi candor,
y el cielo, el gran pescador,
vino a hurtar en mis estanques
el pensamiento mejor...

EL PRESIDIARIO

Mi pensamiento
está ojeroso, extenuado...
corrió tanto la noche pasada
por los caminos blancos,
que a trechos — ¡ennegrecía
con su paso!
Hoy es inútil...
En vano
se extienden suplicantes
los níveos brazos
de las Vírgenes... No quiere

fecundarlas... El cansado
y ojeroso pensamiento,
no puede dejar la cárcel
del cerebro, ni escapar,
¡oh, presidiario!,
por la ventana
de la boca, o de la mano...

EL CHARCO

Las ruedas de un carro
quiebran sobre el charco
un nudoso tronco de árbol. . .
Y el agua entristecida
se queja en remolinos
opacos y nubosos,
y prende a su cristal
lutos de bruma. . .
Pronto
cuando nos llegue el eco
de la canción del carro,
tornará a florecer
la fantástica sombra-luz del árbol.

LA VENGANZA

Ya nunca más
apedrearé la estrella
arrancándole cálidos chispazos...
Toda la fuerza
de mi honda ha muerto...
Apenas logra
lanzar pedruscos
que hieren sólo el corazón humano...
He visto sonreir
— todo el sarcasmo —
los grises labios de una pretenciosa

e hinchada nube,
desafiando el arranque, ya marchito. . .
¡Luminosa Venganza
con la sangre
de mi perseverancia,
y mi ilusión
cada noche más clara,
cada invierno más niña,
he de nutrir mi honda
y ha de verter la nube
toda la lluvia que yo necesito
y con su llanto
tornará a florecer la mustia tierra!

LA ESFINGE

Mi pensamiento ilumina
con sus rayos
el rostro del Enigma. . .
Veo el gesto de sus labios,
la tristeza de sus ojos. . .
Sin embargo,
nada encuentro,
todo es vago. . .

Y va mi luz
indagando
inútilmente. . . La Esfinge
es un cristal empañado.

Vi de cerca la penumbra...
Bajo las ramas del árbol
del misterio, ¡tantas veces
he soñado!

Y hasta oí crecer sus hojas.
Y hasta en ellas he ocultado
mi espíritu: caprichoso,
débil pájaro...

Y la bruma y la sombra
me abrigaron
con la noche gris y amplia
de su manto...

La leyenda fué mi amiga,
el misterio fué mi hermano.

Me dió el silencio los lirios
más extraños. . .

Y mi cabeza
he dejado
más de una vez resbalar
sobre el brumoso regazo
de la Esfinge. . .

Y me ha arrullado
igual que una madrecita
con el dulzor de sus cantos. . .

Pero. . . ni en sus ojos
ni en sus labios
nada encuentro. . .
todo es vago. . .

LA SOMBRA-LUZ

En mi noche sonó un
aldabonazo matinal. . .
y mi sombra vistió tocas doradas.
Fué toda luminosa.
Y en plena noche,
yo vi purificarse
el verde de los árboles
en el baño aromoso
de un color recién nacido. . .
Y todas las ramitas
lucían piedrecitas del rocío

y eran como unos brazos infantiles
adornados con gotas de diamantes. . .
Y era en la noche plena
de mi interior. . .
¡ah!, mi sombra
era una luz dormida,
y en plena noche
había despertado,
y todo en torno mío
¡amanecía!

MILAGRO

Nuestra imaginación
— luz de bengala —
brilla un instante nada más. . .
apenas
se enciende, el globo luminoso
estalla.
Nota fugaz,
vida instantánea.
Y sin embargo
es lo bastante larga. . .

Por esa limpia
y pura llamarada
hondamente
fantástica,
la vejez
de nuestra alma
tan herida
y postrada,
obedece al milagro
de una cura santa. . .
¡Tira las muletas
y anda!

LA RESPUESTA

Lancé mi pregunta. . .
No tuvo respuesta.
Hurañas y mudas
las olas, las bocas
sombrías del puente,
las grisáceas tocas
de los campanarios. . .
Ni frases de oro,
ni palabras rudas
hallé en los rosarios
de los panoramas. . .

Pero vi dos ramas
ingenuas, menudas,
— hasta hoy desnudas —
reanimarse... Entonces
vibraron los bronces
de mi afán inerme,
ya sin fe, aterido...
¡Las ramitas tiernas
para responderme
habían florecido!

LA VENTANA

El convento
sueña bajo el capuchón
milenario. Una ventana
deja brillar su cristal,
amplio, blanco, transparente...
De improviso,
en el interior, desata
un órgano su risa: aurora y plata.
Y el cristal de la ventana
por un milagro se anima...

Se ilumina...
Verde, Oro, Ocre, Grana...
Todas las voces del órgano
cobran figuras brumosas
sobre el vidrio fantasmal...
Estrellitas cogidas de la mano
danzan en rueda...
Toda la seda.
Encajes fantásticos,
toda la pedrería...
¡Inesperadamente
se apaga
la vaga
voz musical...
y el cristal
de repente
torna a ser blanco, limpio y transparente.

COLOR

Una mancha gris,
otra azul,
otra verde,
y una indefinida
procesión de colores,
rojos,
anaranjados,
ocres,
violáceos. . . y
la línea del horizonte
que semeja

sobre el acuático monte
una enigmática ceja.
Y el mar...
Y una nave...
Y otra nave...
Y otra nave...
Y una procesión de naves
verdes,
azules,
de oro...
Y el crepúsculo, el pintor
que al morir deja en las naves,
en las nubes, y en las aves,
y en las olas, su color.

CUADROS DE A BORDO

MANON

Cada cuatro horas luce un nuevo traje.
Despierta murmullos en todo el pasaje
con sus blusas claras
y sus frases raras. . .

Sobre los divanes ensaya posturas
que evocan las líneas de las esculturas:
La engarza el khedive — artífice sumo —
entre las azules espirales de humo.

Como el legendario mosquetero bebe,
cubre de sortijas la mano de nieve.
Interpreta al piano lánguidas gavotas.

Exagera el tinte de sus altas botas.
Se oxigena el pelo, se pinta los labios
y ríe de todos los consejos sabios.

VENTILADOR

Ventilador. . .
Molino de opereta
que exalta todo el valor
de algún extraño poeta. . .

El salón: campo minúsculo. . .
Y entre el velo del crepúsculo
el artista ve al gigante. . .

Y su ritmo centelleante
siente rasgar su percal
de llamativo color,
entre las aspas del sal-
tarín Don ventilador...

AMANECER

Me siento renacer...
por mi ventana
entra la clara luz de la mañana...
Se renueva mi ser,
y en mi huerto interior
noto crecer lozana
la más fragante flor.

Inúndanse de trinos
los enormes arbustos

que semejan robustos
y alegres peregrinos.

Voluptuosa y sensual, se despereza,
la tierra al sol. Desata
la aurora su sonrisa de oro y plata.
Con el día que empieza
por esa escala limpia y transparente
de la lumbre naciente
me parece ascender a la Belleza. . .

Me palpo y este lodo
de carne, ha muerto todo.
La idealidad me abriga.
El envoltorio material se abate
y solamente late
un espíritu alado que investiga.

EL PARAGUAS DE LA ILUSIÓN

Se ha quebrado la rama
de la ilusión...
Queda un hueco en el árbol
espiritual...
Menos frutos, menos sombra
para la sed del camino.
Cuando llueva el desengaño,
ha de mojarse el espíritu.
Mejor. ¿Acaso la vida
se pasea siempre al sol?

El espíritu debiera
saber resistir el agua
del dolor. Y aclimatarse
en todo país y no
abrir a cada momento
para escapar de la lluvia
otoñal e implacable,
ese paraguas cursi
de alguna ilusión fácil. . .

LA OLA

La ola llega mansa, toda verde
y serena, mas choca
en la salvaje roca
y de improviso pierde
el alga luminosa de su diafanidad. . .

Y entonces, con intensa brusquedad
la ola se rebela
contra el peñón austero. . .

Y salta, y ruge, y vuela,
y lo maltrata, pero
aunque lo inunda y muerde
y lleva todo el iris en su espuma,
su fuerza se doblega y como pluma
torna otra vez al mar, tan mansa y verde. . .

ÍNDICE

	Páginas
Lluvia	7
L'écharpe d'Iris	8
La Rama	11
Exequias	12
Mi sombra	13
Una hora	15
El canto de las ilusiones	17
Suena	19
Plegaria	20
Sinfonía de color	22
Lactancia	24
El piso	25
La biblioteca del cura X	27
Nochebuena	29
Ninfas	31
El loco del agua	33
Los narcisos	37
El poema de las campanas	39

Páginas

Infancia 42
El globo 44
Cristalería 46
Vanidad 48
El collar 50
La viajera. 51
Las gafas de la abuela. 54
Las casas 56
Biblioteca 58
La cumbre 60
El galicismo 63
Atardecer. 65
El circo 67
Aguacero 69
Caperucita 71
Los farolillos 73
El trémolo 75
Musicalia. 78
Esquifes 80
Café 82
Paisaje. 86
Mundana 87
El regreso 89
El ladrón. 91

Páginas

El presidiario 93
El charco 95
La venganza 96
La esfinge 98
La sombra-luz 101
Milagro 103
La respuesta 105
La ventana 107
Color 109
Cuadros de a bordo 111
Ventilador 113
Amanecer 115
El paraguas de la ilusión 117
La ola 119

Índice 121

University of
Connecticut
Libraries

39153024387567